

Prólogo

“Salir del infierno” es una frase que quedará, sin dudas, en la historia. Porque se recurrirá indefectiblemente a ella cuando sea necesario referirse a la Argentina de estos tiempos. Es que esas palabras pronunciadas por el presidente Néstor Kirchner describen acabadamente las horas que nos tocan vivir.

En eso estamos: tratando de construir el destino que pretendieron arrebatarnos los sicarios de ese poder financiero internacional que generó una dinámica de concentración económica y exclusión social –que comenzó con la última dictadura y que continuaron los subsiguientes gobiernos democráticos– cuyas trágicas consecuencias se prolongan hasta nuestros días. Como digo en uno de los artículos que integra esta recopilación: “La etapa fundacional que se inicia con la gestión del presidente Néstor Kirchner nos encuentra frente al desafío de reconstruir un país en ruinas, con la diferencia que aporta contar con una conducción que ha sabido interpretar cabalmente las esperanzas de las mayorías, asumiendo el compromiso de llevar adelante un Proyecto Nacional en el que la sociedad vuelve a ser protagonista colectiva de su propio destino”.

Ése es, entonces, nuestro desafío: construir un nuevo modelo, conscientes de que si uno no elige y construye su propio futuro, vivirá inexorablemente el futuro que impongan otros en su propio beneficio (como ha sucedido en la larga noche se inició en 1976 y que comenzó a despejarse a fines 2001, cuando el pueblo decidió recuperar el protagonismo que le había sido escamoteado).

Y como, en ese camino, es verdad aquello de que si no aparecen nuevos contenidos, nuevas propuestas, seguirá vigente el otro proyecto (el de los otros), es necesario que los aportemos asumiendo definitivamente aquello a que nos instara insistentemente el General Perón: **la lucha por la idea**.

Quién puede dudar que ésta es, como nunca, la hora de la lucha por la idea. Éste trabajo es nuestro humilde aporte para esa etapa que nos atrapa y nos convoca. El que el Instituto del Modelo Argentino desarrolló durante casi dos años desde el suplemento “Propuestas” y esta compilación de esos artículos que publicamos ahora.

Aquí están los aportes para la elaboración de nuestro propio proyecto de hombres del pensamiento nacional como Gustavo Cirigliano, José Luis Di Lorenzo, Francisco “Pancho” Pestanha, Andrés Musacchio, Eric Calcagno, Gustavo Caraballo, Mario Rapoport, Alberto Methol Ferré, Oscar Castellucci, César Litvin, Alfredo Carazo, Carlos Moris, Fernando Muriel, y los míos propios, gestados desde mi experiencia como trabajador y dirigente sindical.

Los artículos tienen, a pesar de la intensa y enriquecedora multiplicidad de miradas que encierran, un notorio hilo conductor: la convicción de que quien no despliega un pensamiento propio termina subordinándose necesariamente al ajeno. Es decir, expresan la voluntad firme del pensamiento nacional en su esencia, y abordan, sin explicitarlo necesariamente, la cuestión de nuestra identidad. Porque creo que ése es el punto de partida ineludible para la elaboración de nuestro propio modelo. La identidad es lo que permite reconocernos a nosotros mismos como hombres libres capaces de construir nuestra comunidad y nuestro futuro.

Mientras que el Proyecto Nacional que nos debemos es la herramienta que hace falta para darle sentido y contenido a nuestra identidad como país en serio (un país donde los ciudadanos volvamos a ser verdaderos artífices de un destino en común, con dignidad y justicia social para todos).

Está claro que nosotros lo que pretendemos es aportar al “modelo propio”, y que “modelo” y “proyecto”, aunque muchas veces se confundan, no son lo mismo. Como con toda lucidez define en estas páginas Gustavo Cirigliano: “Un proyecto sólo es tal cuando una voluntad colectiva decide concretarlo. Sólo será genuino proyecto cuando la propuesta esté animada y soportada por la voluntad”. Por la voluntad –me atrevería agregar– de un pueblo dispuesto a hacerlo realidad.

Es decir, si la discusión del “modelo” queda encerrada sólo en los vericuetos del poder, o permanece en los escritorios de intelectuales supuestamente iluminados –por más que se autodefinan como “nacionales”– nunca será “proyecto”, ni tampoco la herramienta que anhelamos para dar el paso final para “salir del infierno”. Sólo lo será si hunde sus raíces en un

pueblo multitudinario y unido que lo sienta y lo haga propio, como camino común para alcanzar el porvenir deseable, el de su felicidad y el de la grandeza de la Nación.

Por eso digo que este aporte colectivo es nada más –pero nada menos- que la contribución al debate del modelo que hacemos un puñado de argentinos que creemos en el futuro del país (y nos sentimos parte de su historia). No de cualquier país, sino del nuestro, del que construimos cotidianamente desde el lugar al que nos ha llevado nuestra vocación y desde el cual volcamos nuestra experiencia militante. Es nuestra respuesta activa al mayor vaciamiento material y simbólico de nuestra historia al que hemos sido sometido los argentinos.

No somos ni nos sentimos los dueños ni los propietarios de la verdad. Por eso la multiplicidad de voces y miradas, que se superponen pero no se contradicen, que como pequeñas partes de ideas sugerentes en permanente movimiento necesitan indefectiblemente de la mirada del lector para armar una imagen, como un calidoscopio, en las que, cada uno de ellos, encontrará la forma del modelo que imagina. Y la suma de todos esos modelos será nuestro Proyecto –el Proyecto– la argamasa que nos una. Porque, como dice Di Lorenzo, “El proyecto une, su carencia fragmenta”. Bien sabemos y padecemos eso los argentinos.

Así, están presentes en las páginas de esta recopilación el pensamiento de Perón, vigente hoy como nunca; las referencias a su obra póstuma y testamento político, el Modelo Argentino para el Proyecto Nacional, y también a la Comunidad Organizada; el recuerdo de aquella histórica gesta del 17 de Octubre, en cuanto punto de partida de un nuevo modelo de país que tenía como eje al movimiento obrero organizado; el rescate de la posición nacional de los hombres de FORJA, con la misma impronta creativa de Jauretche y de Scalabrini Ortiz; la mirada sobre el nuevo cauce de ideas propias que silenciosamente (pero sin pausa) va siendo gestado cotidianamente (sobre todo por los jóvenes); el nuevo rol de los trabajadores que, siempre primeros en la lucha por una sociedad justa y víctimas propiciatorias de todo sistema injusto y de la represión necesaria para consolidarlo, reclaman en estos tiempos su espacio para expresar su modelo (y para no seguir, en una democracia todavía débil, pagando los costos del que fue pergeñado en contra de ellos); y, entre muchos otros temas, diferentes abordajes del proceso de globalización (“que divide al mundo en globalizadores y globalizados, así como ayer lo dividía en conquistadores y conquistados”), para ingresar a la etapa del universalismo con paso firme y soberanamente, con nuestra identidad bien definida.

Ningún tema escapa de los análisis propuestos, nada se menciona concesiva ni casualmente en estas páginas, porque “lo que está en juego es determinar qué hacemos con lo que han hecho de nosotros”.

No hay que quedarse –como lo hemos sostenido desde el IMA– en la enunciación abstracta de la necesidad de un modelo, sino que las organizaciones sociales “deben acumular poder, preparándose, organizando espacios de reflexión, y participando en la definición de estas instituciones”.

Salir del infierno no es algo que debemos esperar que otros hagan por nosotros. No es una tarea que le corresponda sólo al Gobierno. No seamos espectadores. Nadie nos sacará sino nosotros mismos, ni saldremos si no tenemos la audacia de construir un futuro común hacia el cual seamos capaces de marchar unidos.

Buenos Aires, abril de 2006.

Víctor Santa María

Compilador y secretario general del Suterh y de la Fateryh.